

843
A la muy apreciable se-
ñorita Esmeralda Carrasco,
suplicándole vea en este hu-
milde librito un pequeño
testimonio del sincero cariño
y profunda estimación que
le profesa

El Traductor
[Firma]

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

Guadalajara, diciembre de 1910.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

97952

LOS CIEGOS DE CHAMOUNY.

[De Ch. Nodier.]

I.

Visitaba yo por segunda vez el hermoso y melancólico valle de Chamouny, al que quizás no volvería á ver. Con un placer que no había experimentado nunca, recorría el pintoresco bosque de abetos que rodea al pueblecito de Bois. Había llegado á aquella pequeña esplanada que día por día van invadiendo los hielos que dominan de una manera tan majestuosa las más hermosas cúspides de los Alpes, y que por una pendiente casi insensible descienden derramándose en el pintoresco manantial del Arveyron. Ansiaba contemplar de nuevo aquel pórtico de azulado cristal que todos los años cambia de aspecto, y experimentar mil deliciosas emociones ante las grandiosas escenas con que la naturaleza engalana aquellos lugares; sentía que mi corazón fatigado necesitaba latir en una atmósfera como aquella.

No había dado treinta pasos, cuando observé, no sin admiración, que Puck no estaba á

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

mi lado. Y esto era muy extraño, porque Puck era un perro tan fiel, que ni por el carrón más exquisito, ni por la más delicada rosquilla, le hubiérais decidido á alejarse de su amo. Dos ó tres veces lo llamé, y ya comenzaba á inquietarme, cuando lo ví llegar con el aspecto embarazoso del temor, y, sin embargo, con la cariñosa confianza de la amistad, arqueado el cuerpo, la mirada húmeda y suplicante y la cabeza tan baja, que sus orejas, como las del perro de Zadig, rozaban la tierra: porque Puck era también un perrito de muy fina raza. Si lo hubiérais visto en esta postura, no habríais podido enfadaros.

Yo, en efecto, no sentí disgusto; pero volví á partir, luego volvió á mi lado, y á medida que este juego se repetía, yo, siguiendo las señales de sus pasos, me aproximaba al sitio que de tal manera lo atraía, hasta que, igualmente atraído por simpatías perfectamente equidistantes, permaneció inmóvil como la barra imantada entre dos timbres de acero colocados á igual distancia.

Sobre un banco de la peña, del que Puck me separaba con una precisión tan exacta que el compás infalible de La Place no hubiera encontrado de una ú otra parte el medio de indicar un sólo punto geométrico, estaba sentado un joven de rostro afable y simpática fisonomía, vestido con una blusa azul celeste, á manera de túnica, y la mano armada de un grueso bastón doblado por la parte superior, objeto singular que le daba alguna semejanza al de los pastores antiguos de Poussin. Rubios y ensortijados cabellos caían formando gruesos anillos al rededor de su cuello desnudo, y flotaban sobre sus hombros. Sus facciones eran graves sin austeridad, tristes sin abatimiento; su boca expresaba más bien desagrado que amargura; solamente sus ojos tenían un carácter del que yo no podía darme cuenta: eran grandes y límpidos, pero fijos, mudos, sin expresión: parecía

que detrás de ellos no había una alma que los animara.

El ruido de las hojas agitadas por el aire cubría el de mis pasos, y nada indicaba que yo hubiera sido notado.

Puck había observado todas mis impresiones, y al primer sentimiento de benevolencia que vió brillar en mis ojos, corrió hacia aquel nuevo amigo.—¿Quién podrá explicarnos esa íntima relación y esa noble fidelidad del sér más generoso de la naturaleza hacia el más infortunado, del perro hacia el ciego? . . . ¡Oh, Providencia! ¡yo soy, pues, el único de vuestros hijos á quien habéis abandonado!

El joven pasó sus dedos por encima de los largos y sedosos pelos de Puck, sonriéndole con candor.

—¿Cómo es que me conoces,—le dijo,—tú que no eres del valle? Tan juguetero y acaso tan bonito como tú, tenía yo un perro: sólo que aquel era un perro de aguas, de lanas muy crespas; y, también como los demás, él, mi último amigo, mi pobre Puck, me ha abandonado! . . .

—¡Extraña casualidad!—exclamé:—vuestro perro se llamaba como el mío

—¡Ah, señor!—me dijo el joven, apoyándose sobre su bastón, y levantándose:—perdonad á mi enfermedad . . .

—Sentaos, amigo mío. Estáis ciego, ¿verdad?

—Ciego desde la infancia.

—¿No habéis visto nunca?

—Oh, sí; pero muy poco! Tengo, sin embargo, algún recuerdo del sol, y cuando elevo mis ojos hacia el lugar que él debe ocupar en el cielo, creo ver allí rodar un globo que me hace recordar el color de aquél. Tampoco he olvidado la blancura de la nieve y el aspecto de nuestras montañas.

—¿Fué, pues, un accidente el que os privó de ver la luz?

—Sí, un accidente que fué ¡ay de mí! la

menor de mis desdichas! Dos años tenía apenas, cuando una avalancha descendida de las alturas de la Flégère, destruyó nuestra humilde casita. Mi padre, que era guía en aquellas montañas, había pasado la velada en el Priorato. Juzgad de su desesperación cuando encontró á su familia sumergida bajo la horrible montaña de hielo! Secundado por sus camaradas, logró hacer un portillo en la nieve y penetrar á nuestra cabaña, de la que el techo se sostenía aún sobre débiles apoyos. Lo primero que se presentó á su vista, fué mi cuna; desde luego la puso al abrigo de un peligro que aumentaba sin cesar, porque los mismos trabajos de los mineros habían favorecido el derrumbamiento de algunas partes y aumentado el sacudimiento de nuestra frágil habitación. Mi padre entró allí para salvar á mi madre, que se hallaba desvanecida, y se le vió por un momento, á la luz de las antorchas que ardían en el exterior, llevarla en sus brazos; pero en el mismo instante todo se desplomó estrepitosamente . . . Yo quedé huérfano, y al día siguiente se pudo observar que una *gota serena* había invadido mis ojos . . . ¡Estaba ciego!

—¡Pobre niño! . . . Por consiguiente, os habéis quedado solo, enteramente solo!

—Un desgraciado no está nunca absolutamente solo en nuestras aldeas. Todos mis buenos conterráneos de Chamouny se reunieron para endulzar mi miseria: Balmat me prestó su amparo, Simón Coutet el alimento, Gabriel Payot con qué vestirme. Una buena mujer viuda, que había perdido á sus hijos, se encargó de criarme y conducirme. Ella es la que me sirve aún de madre, y la que me trae aquí en los días de verano.

—¿Y esos son todos vuestros amigos?

—Ah! no; tengo otros,—respondió el joven poniendo un dedo sobre sus labios con aire misterioso,—pero han partido . . .

—¿Para ya no volver?

—Así parece. Sin embargo, durante algunos días he creído que Puck volvería, y que sólo andaría extraviado; pero . . . no creo que se haya extraviado impunemente en estos sitios. Quizá no le sentiré más retozar á mi lado, ni volveré á oírle ladrar á la aproximación de los viajeros . . .

El ciego enjugó una lágrima que corría por sus mejillas.

—¿Queréis decirme vuestro nombre?

—Gervasio

—Pues bien, Gervasio,—le dije,—esos amigos que habéis perdido . . . Vamos, hablad, explicadme . . .

Al decir esto, hice un movimiento para sentarme á su lado; pero él se arrojó vivamente al lugar vacío, exclamando:

—Aquí no, señor, aquí no! . . . este es el lugar de Eulalia, y nadie le ha ocupado desde su partida.

—¿Eulalia?—pregunté, sentándome en el sitio que él acababa de dejar.—Habladme de esta Eulalia y de vos: me interesa vuestra historia.

—Os he dicho, señor, que mi vida no había carecido absolutamente de algunas dulzuras, porque el cielo ha dado una dulce compensación al infortunio con la piedad de las almas buenas . . . Gozaba yo de esa feliz ignorancia de los males, cuando la presencia de un nuevo huésped en el pueblecito de Bois, vino á ser objeto de todas las conversaciones. No se le conocía sino con el nombre de "señor Robert"; pero, según la opinión general, era un gran señor extranjero á quien irreparables pérdidas y dolores profundos habíanle decidido á pasar oculto sus últimos años en una soledad ignorada de todos los hombres. Hacía algún tiempo que había perdido, según se decía, una esposa que había sido casi toda su felicidad, puesto que de aquella unión sólo le quedaba, como un objeto de constante pesadumbre, una hija, ciega de nacimiento. Tan-

to como á las virtudes de su padre, se prodigaban, además, alabanzas á la belleza, á la bondad y á las gracias de Eulalia. Mis ojos no han podido juzgar de su hermosura; mas ¿qué perfección podría en mí hacer más grande ó más poderoso el encanto de su recuerdo? Yo la veía, en lo íntimo de mi alma, más seductura que mi madre!

—¿Es que ha muerto?—exclamé.

—¿Muerto?—replicó con un acento en el que se confundían la expresión del terror y la de yo no sé qué inconcebible alegría.—¿Muerto?... ¿Quién os lo ha dicho?

—Perdonad, Gervasio; yo jamás la he conocido: solamente he tratado de explicarme el motivo de vuestra separación.

—Oh! no, no ha muerto, ella vive aún,—dijo sonriendo amargamente.

Y por un momento, permaneció en silencio.

—Yo no sé si os he dicho,—agregó con voz apagada—que ella se llama Eulalia, y que este es su lugar.

Y volvió de nuevo á interrumpirse.

—¡Eulalia!—exclamó Gervasio extendiendo su mano, como para buscarla á su lado.

Puck le lamió los dedos, y, retrocediendo un paso, le miró con aire enternecido. Os aseguro que, al ver esto, no habría yo dado á Puck por un millón de duros.

—Tranquilizaos, Gervasio. De nuevo os suplico que me perdonéis el haber hecho estremecer otra vez una fibra tan viva y dolorosa de vuestro corazón. Adivino casi todo el resto de vuestra historia. La extraordinaria conformidad de la desdicha de Eulalia y de la vuestra conmovió al padre de aquella joven. El interés que vos inspiráis de tal manera, sobre Gervasio, no podía menos que conmover vivamente una alma fortificada por impresiones semejantes. ¿Vos vinisteis á ser para él otro hijo?

—Otro hijo, sí.—respondió Gervasio,—y entonces Eulalia fué para mí una hermana. Mi

buen madre adoptiva y yo, fuimos á habitar en aquella casa nueva á la que se da el nombre de *el castillo*. Los maestros de Eulalia fueron los míos. Ambos aprendimos unidos ese arte divino de la armonía, que arrebató el alma á una vida superior. Sobre páginas impresas en relieve leímos con los dedos los sublimes pensamientos de los filósofos y las producciones encantadoras de los poetas. Trataba yo de imitarlos y describir como ellos lo que yo no veía, porque la naturaleza del poeta es una segunda creación cuyos elementos son puestos en acción por su genio; y con mis débiles reminiscencias, algunas veces llegaba yo á formar un mundo exclusivo para mí. Eulalia se deleitaba con mis versos, y así, ¿qué más podía yo desear? Cuando ella cantaba, se hubiera creído que un ángel había bajado de la cima de las montañas para encantar el valle. Todos los días de la primavera, se nos conducía á esta piedra, á la que aquí se ha dado el nombre de *la roca de los ciegos*, y á donde el mejor de los padres nos seguía con todos los cuidados de un solícito amigo. Había entonces á nuestro rededor muchos rosales floridos y tupidas alfombras de violetas y margaritas; y cuando nuestra mano había reconocido una de estas últimas flores, nos divertíamos en arrancarles una por una las hojas, repitiendo cien veces ese juego que sirve de intérprete á las primeras expansiones del amor. Si la embustera flor se rehusaba á expresar mi único pensamiento, bien sabía yo disimularlo á Eulalia por medio de un engaño inocente. Quizás ella hacía otro tanto por su parte. . . . ¡Hoy, empero, nada me queda de todo aquello que formaba mis delicias y mi ventura!.....

Hablando así, Gervasio se iba poniendo á cada instante más y más sombrío, y su frente tan pura llegó á oscurecerse con una nube de profunda tristeza.

Callaron sus labios por un momento, y con el pie destrozó una rosa de los Alpes que ya

en
de
n
te
y
le

cía en tierra algo marchita desde algún tiempo; yo entonces la recogí sin que él se diera cuenta de ello y la coloqué sobre mi corazón.

Largo rato trascurrió sin que yo me atreviera á dirigir la palabra á Gervasio, y sin que él pareciera ocuparse de proseguir su narración. De súbito levantó él una de sus manos y la pasó sobre sus ojos, como para rechazar una visión desagradable, y volviéndose hacia mí, continuó, sonriendo con dulzura:

—¡Ah, señor! Apiadaos de las debilidades de un niño que no ha podido ahora acallar los involuntarios arranques de su corazón. Quizás un día vendrá en que la discreción y la prudencia lleguen á dominar mi espíritu; pero hoy..... ¡soy tan joven todavía!

—Amigo mío,—le dije estrechando su mano,—temo que esta conversación os fatigue demasiado. No pidáis á vuestra memoria recuerdos que tanto la atormentan. Yo jamás me perdonaré el haber turbado una de vuestras horas felices, con un pesar que os hiere tan profundamente.

—No sois vos quien lo causáis,—respondió Gervasio.—Ni un instante me ha dejado, y preferiría que mi alma se agobiase enteramente, á perderlo. Todo mi sér, toda mi vida, caballero, es mi dolor. Mi dolor es mi último afecto. Somos el uno para el otro. Necesario nos ha sido acostumbrarnos á vivir unidos; y lo encuentro más fácil de soportar, cuando alguno escucha con benevolencia los desahogos de mi corazón . . . Ah!—exclamó riendo:—hablamos los ciegos tantas cosas, y . . . ¡son tan pocas las veces que encontramos quien quiera escucharnos!

No había yo soltado la mano de Gervasio, y estrechándola de nuevo, le dí á conocer que le comprendía.

—Por otra parte,—dijo,—no todo es amargura en mis recuerdos. Algunas veces, éstos me representan todo el pasado: entonces me imagino que mi desdicha presente no es más

que un sueño; y que lo único cierto de mi vida es la felicidad que he perdido. Me figuro que ella, Eulalia, se halla sentada en este sitio, retirada de mí algo más que de ordinario, y que se calla, por encontrarse sumergida en una meditación inspirada sólo por nuestro amor. Oh! si la eternidad que Dios reserva á las almas justas no es más que la prolongación infinita del más dulce sentimiento que las ha conmovido, ¡qué dicha el ser sorprendido por la muerte en esos instantes de ventura, y dormirse así en el eterno sueño! . . . Un día nos hallábamos sentados sobre esta altura, como todos los días . . . y gozábamos, en un éxtasis dulcísimo, de la serenidad del viento, del perfume de nuestras violetas, del canto de nuestras aves, y sobre todo del de nuestra paloma de los Alpes,—porque todos los pajarillos de los contornos nos eran conocidos, y con frecuencia, al oír nuestra voz, desplegaban su vuelo hacia nosotros.—Con encanto escuchábamos el ruido del hielo que se partía bajo la acción del calor, y el murmullo de las aguas del Arveyron, cuyas blandas olas venían á morir casi á nuestros pies, cuando yo no sé qué vago presentimiento de la rapidez y de la incertidumbre de la felicidad, surgió de súbito en nuestros corazones, llenándonos de inquietud y de angustia. Vivamente nos estrechamos el uno contra el otro, entrelazamos nuestros brazos cual si hubieran querido separarnos, y juntos nos dijimos: ¡siempre! ¡siempre! . . . Sentí que Eulalia respiraba apenas y que tenía necesidad de ser tranquilizada con toda la energía de mi carácter y mi valor de hombre.—¡Siempre, Eulalia, siempre! . . . El mundo, que nos cree tan desdichados, ¿puede juzgar de la felicidad que yo he encontrado en tu ternura, y que tú has encontrado en mi amor? ¡Qué nos importa la ridícula agitación de esa sociedad turbulenta á donde van á chocar tantos intereses, que nos serían siempre extraños, puesto que la natu-

n
d
n
te
y
le

raleza nos ha enseñado mil veces más de lo que pudiera, el largo aprendizaje de la razón!..... Para los demás, somos seres imperfectos, y eso es muy natural: es que no han llegado aún á saber que la perfección de la vida consiste en amar y ser amado. Esa peligrosa fascinación que las pasiones ejercen por medio de la mirada, jamás obrará sobre nosotros. El tiempo mismo ha perdido su imperio sobre dos ciegos que se aman. Jamás nos cambiaremos el uno por el otro, puesto que ninguna alteración puede irritarnos, ninguna comparación distraernos. El sentimiento que nos une es inmutable como el rumor de nuestro Arveyron, como el canto de nuestras aves favoritas, como el eterno recinto de estas alturas expuestas á los ardores del sol, y al pie de las cuales se nos trae algunas veces en los perfumados días del mes de mayo. No es el prestigio de la hermosura pasajera de una mujer lo que en tí me había seducido; es algo que no puede expresarse cuando se siente, ni olvidarse cuando se le ha sentido. Es una hermosura que pertenece á tí sola, y que yo escucho en tu voz, toco en tus manos, en tus brazos, en tus cabellos, respiro en tu aliento, adoro en tu alma!..... Mucho he estudiado el amor en los demás seres, allí, en esos libros que nos han leído, ó sobre los cuales mis dedos han podido buscar mil pensamientos; y yo te protesto que si en algo nos superan, es en cosas de poco valor. Jamás mis labios, al acercarse á tus ojos, en los que quizás el mismo sol resplandece, han llegado á tocar con tanta voluptuosidad las hermosas pestañas que les dan sombra y sobre las que mi boca ha recogido algunas gotas de llanto, como cuando eras pequeñita, y, contra la costumbre, se negaban á satisfacer alguno de tus caprichos. Yo no sé si tu cuello es tan blanco como la nieve de las más altas montañas, pero creo que tu blancura tendría para mí mayor encanto.... ¿Qué más puedo decirte?..... Oh! si yo goza-

se de la vista rogaría al Señor que extinguiera mis ojos en sus órbitas, para no ver á las demás mujeres, para no tener más recuerdo que el tuyo, y no dar entrada en mi corazón más que á los hechizos de tu rostro..... ¡Ver un mundo, recorrerlo, abarcarlo conquistarlo, poseerlo al primer relámpago de la mirada!..... ¡Extraordinaria maravilla!..... Y esto, ¿para qué?..... Para atúrdir mi alma con infructuosas impresiones, para extraviarla donde tú no estás, lejos de tí, en frívolas admiraciones, á través de lo que llaman milagros de la naturaleza y del arte! ¿Y qué tendría yo que buscar, sino una impresión que me viniera de tí?..... ¡Aquí, contigo, mi impresión es más dulce y más completa! . . . ¡Inconcebible miseria de las vanidades del hombre! De esas artes con las que los demás hombres hacen tanto ruido, de esos prodigios del genio que tanto los deslumbra, conocemos lo que el mayor número de los mortales saben apreciar mejor: la música y la poesía. Conviene en que tenemos órganos para gozar de estas dos reinas de las artes, y una alma para sentirlas: ¿y crees tú, sin embargo, que los cantos divinos de Lamartine jamás han resonado en mi oído tan deliciosamente como el grito con que tú me hablas desde lejos, cuando eres la última en ser conducida aquí? Si Rossini ó Weber tienen para mí un prestigio más poderoso, es porque tú cantas sus inscripciones. Tú eres quien embelleces las artes, tú quien hermo seas la creación de la que aquellas son solamente la expresión más rica y más esplendorosa . . . Pero yo puedo pasarme sin estas superfluas riquezas, porque poseo el tesoro del que ellas toman sus atractivos más brillantes; tu corazón, que es todo mío . . . ¿No eres así feliz?

—Yo soy feliz, | respondió Eulalia,—la más feliz de las mujeres!

—¡Oh, hijos míos! dijo el señor Robert uniendo nuestras manos trémulas; espero que

seréis siempre felices, porque mi voluntad no os separará jamás!—Acostumbrado á seguirnos por todas partes para prodigarnos esos cuidados hijos sólo de una profunda ternura, se había acercado á nosotros sin ser sentido y nos había oído sin escucharnos. Aunque yo no me creía culpable, me hallaba consternado. Eulalia temblaba. El señor Robert se colocó entre nosotros, y rodeándonos con sus brazos y estrechándonos con más ternura aún que otras veces, nos dijo:

—¿Por qué no soy bastante rico para poder compraros criados y amigos? . . . Tendréis hijos que me reemplazarán, á mí, vuestro anciano padre, porque vuestra enfermedad no es hereditaria. Abrázame, Gervasio; abrázame, Eulalia; dad gracias á Dios y pensad en mañana, porque el día que lucirá mañana será hermoso, aun para los ciegos! . . . Eulalia pasó de los brazos de su padre á los míos. Por la primera vez mis labios encontraron los suyos. Esta dicha era demasiado para mí. Creí que mi pecho iba á estallar. Deseaba la muerte, y ¡ay! no podía morir! . . . Yo no sé, señor, cómo es la felicidad de los demás. La mía no tenía calma ni esperanza. Yo no podía conciliar el sueño, ó más bien, no trataba de obtenerlo, porque me parecía que una eternidad no me habría bastado para gozar de la felicidad que se me había prometido, y mientras más trataba de gozar de ella, más se escapaba de mi pensamiento bajo una multitud de confusas apariencias. Casi lamentaba aquel pasado sin embriaguez pero sin temores, en el que yo nada sufría, porque sólo me daba cuenta de mis goces. Hubiera yo querido volver á gozar de aquellas puras voluptuosidades del alma que jamás presentan la imágen del porvenir al corazón del niño, donde el porvenir jamás va más allá del mañana. Oía, en fin, el ruido ordinario de la casa; me levantaba, me vestía sin esperar á mi madre, oraba á Dios, y me dirigía á la ventana que da sobre

el Arve para refrescar allí mi frente ardorosa, con los vapores de las brumas matinales..... Un día se abrió mi puerta, y oí acercarse los pasos de un hombre, que no era el señor Robert. Una mano se apoderó de la mía. ¡Señor Maunoir! —exclamé. Muchos años hacía que no había venido; pero el ruido de sus pasos, el contacto de su mano, yo no sé qué de franco, de sencillo y de tierno que no se puede juzgar en particular por ningún sentido, pero que se experimenta por todos, había quedado de él en mi memoria. Sí, es él dijo hablando á alguno, con voz algo alterada, —es mi pobre Gervasio. ¿Comprendéis bien lo que acabo de deciros? . . . Y después de decir esto, acercó sus dedos á mis pupilas, y levantó mis párpados, teniéndolos así un momento. —Ah! —exclamó;—¡que se haga la voluntad de Dio! ¿Te sientes feliz, á lo menos?

—Muy feliz,—le contesté:—El señor Robert dice que he aprovechado sus lecciones; sé leer, como si viera, y soy amado de Eulalia.

—Y te amaré siempre, si llega á verte un día, replicó el señor Maunoir.....

—¿Si ella me ve, decís? Yo pensaba en ese día eterno en que los ojos de los ciegos se abren ante una claridad que no tiene ocaso. No comprendí el sentido de aquella frase..... Mi madre me trajo aquí, como lo acostumbraba, pero Eulalia tardó mucho en venir. En vano traté de explicarme la causa de su prolongada ausencia. Mi pobre Puck iba y venía sin cesar, esperando encontrarla, y cuando estaba lejos, ahullaba de impaciencia, y cuando estaba á mi lado, gemía. En fin, se puso á ladrar de tal manera y dar tales saltos sobre este banco, que no dudé que ella estaría cerca de nosotros, aunque yo no la hubiese sentido llegar; me dirigí entonces hacia el lado por donde la esperaba, y mis brazos, que se habían tendido, encontraron los suyos. El señor Robert no iba acompañado esta vez de sus criados, é inmediatamente comprendí la razón,

que debía ser también la del retardo desacostumbrado de Eulalia; había olvidado que tenían huéspedes en el castillo. Lo que hubo de extraño, fué que su llegada, tan vivamente deseada, me llenó de una inquietud que jamás había sentido: no me sentía tranquilo con Eulalia, como la viera. Desde que éramos enteramente uno del otro, no me atrevía á pedirle nada, á preguntarle nada. Me parecía que su padre, al darme un nuevo derecho sobre ella, me había impuesto mil privaciones. Temía yo ejercer el poder de una palabra, las seducciones de una caricia. Sentía íntimamente que ella era sólo mía, y temía mucho más el tocarla. Me asaltaba el temor de profanarla con sólo oírla respirar, con rozar su vestido, ó con oprimir con mis labios uno de sus cabellos flotantes. Quizás ella experimentaba el mismo sentimiento, porque durante largo rato nuestra conversación fué como la de dos personas que poco se conocen. Esto no podía durar largo tiempo. Las ilusiones del último día no se habían desvanecido aún. Puck tenía cuidado de recordárnoslas, yendo y viniendo de uno á otro, como si sufriera al vernos tan distantes y con cierta expresión de frialdad. Me aproximé á Eulalia, y mis labios, que buscaron sus ojos, como en el día anterior, sólo tocaron una venda—¡Estás herida, Eulalia!—esclamé—Sí,—respondió ella,—pero muy ligeramente, puesto que paso contigo el día, como de costumbre, y no hay entre tu boca y mis ojos más que una cinta verde....

—¡Oh, Dios mío! ¿y qué es una cinta verde?

—He visto, —me dijo ella, y veo.....

Y su mano temblaba en la mía, como si ella me hubiera confesado una falta ó referido una desgracia

—¡Has visto! —exclamé;—¡y verás!..... ¡Qué infortunado soy!..... El espejo, que no era para tí más que una superficie fría y bruniada, te mostrará viva tu imagen: su conversación

muda pero animada, todos los días te repetirá que eres hermosa, y cuando vengas al desdichado ciego, no te inspirará él más que un sentimiento: le compadecerás por su ceguera, porque comprenderás que la más grande de las desgracias es no verte. ¡Y tú ya no querrás volver!..... ¡Cómo una jóven hermosa podrá amar á un pobre ciego?..... Ah! ¡desdichado de mí, que no puedo verte!..... Y al decir esto, iba yo á caer en tierra; pero ella me siguió, sosteniéndome con sus manos, entrelazando sus dedos en mis cabellos, rozando mi cuello con sus labios, y gimiendo como un niño

—No, nunca, nunca amaré más que á Gervasio, exclamó Eulalia sollozando; ayer te felicitabas de estar ciego, para que jamás se alterase nuestro amor: si es preciso, quedaré ciega, para no desgarrar tu corazón. ¿Quieres que arranque esta venda? ¿Quieres que destruya mis ojos?..... — ¡Horrible recuerdo! ¡Así lo pensé por un instante!

—Detente, le dije: hablamos un lenguaje insensato, porque estamos enfermos; tú, de tu felicidad, y yo, de mi desesperación. Escucha..... Ambos nos sentamos. Mi corazón parecía romperse. — Escucha, continué: Muy necesario es que veas tú, porque ahora eres perfecta: sí es indiferente que yo no vea y que muera abandonado, porque así lo quiere Dios! Pero júrame no verme nunca, no intentar verme jamás. Si me ves, te verás precisada, sin quererlo, á compararme con los demás, con aquellos que llevan el alma en los ojos, con los que hablan con la mirada y hacen soñar á las mujeres con uno de los rayos que brotan de sus pupilas ó con uno de los movimientos que entrecierran sus pestañas. ¡Yo no quiero que puedas compararme! Quiero permanecer contigo en la vaguedad de los pensamientos de una niña privada de la vista, como un ensueño, como un misterio. Quiero que me jures no volver aquí, sino con esa venda que cubre

tus ojos; volver todas las semanas, ó, á lo menos, todos los meses, todos los años, una sola vez; sí, volver una vez siquiera!..... Ah! ¡júrame volver una vez más aún, y no verme!.....

— Oh! ¡yo juro amarte siempre! dijo Eulalia llorando . . . — Todos mis sentidos habían desfallecido. Había yo caído á sus pies. El señor Robert me levantó, me hizo algunas caricias, y me puso en brazos de mi madre. Eulalia ya no estaba allí. Pero volvió al otro día, al siguiente, y muchos otros sucesivos, y mis labios no dejaban de encontrar aquella venda que sostenía mi ilusión. Me imaginaba ser el mismo para Eulalia, mientras no me había visto. Creía apreciar en mis reminiscencias las impresiones de un sentido del que apenas he gozado, y me parecía que éstas no bastarían para arrebatarme el delicioso prestigio en que habíamos pasado nuestra infancia. Con una satisfacción insensata me decía interiormente; Ella, mi Eulalia, ha querido permanecer ciega para mí! ¡no me verá nunca! ¡me amará siempre!..... Y yo cubría de besos su venda, porque no amaba ya sus ojos! . . . Llegó, después de muchos, un día . . . ¡ah, cómo los contaría, si pudieran volver de nuevo! . . . —llegó, sí, un día . . . no sé cómo decíroslo . . . en que, más vivamente estrechadas nuestras manos, y nuestros dedos entrelazados más cariñosamente, su corazón palpité como si fuera á romperse y mis labios pudieron encontrar, á fuerza de buscarlas, sus grandes y sedosas pestañas bajo la venda.— ¡Gran Dios! exclamé: ¿es un error de mi memoria? . . . No, no! Me acuerdo que, cuando era niño, había visto flotar rayos de luz bajo mis pestañas, que al lanzarse al encuentro de yo no sé qué relámpagos brillantes que parecían surgir de otras pupilas, producían mil chispas semejantes á estrellas que iban á despertarme en la cuna..... ¿Qué fué eso? ¡No lo sé!..... Pero, ¡ay de mí, desdichado, si llegaras á verme! — ¡Por qué? dijo ella riendo: — ¿y de qué me

serviría ver, si no te viera á tí? ¡Orgulloso, que prescribes límites á la curiosidad de una mujer cuyos ojos acaban de abrirse á la luz!..... — ¡Eso no es posible, Eulalia! Me habías jurado..... Nada he jurado, amigo mío; y cuando tú me pediste este juramento, yo te hab'á visto ya. Desde el punto más lejano de la esplanada que permitía á Julia el descubrirte, yo le decía: ¿Le ves? Sí, señorita, — me respondía, — y está muy triste. — Yo comprendía esto al ver que llegaba tarde, porque..... me venía sin la venda. Se me había dicho que esto me expondría á perder la vista para siempre; pero después de haber visto, no tenía necesidad de ver; y no me volvía á poner la venda sino al sentarme á tu lado . . .

— Me has visto, exclamé, y continúas viniendo! . . . Está bien! . . . ¿Y qué es lo primero que has visto?

— Al señor Maunoir, á mi padre, á Julia . . . y luego, este mundo inmenso, los árboles, las montañas, el cielo, el sol, la creación de la que me veía en el centro y que por todas partes parecía precipitarse sobre mí en el fondo de no sé qué abismo en que me creía sumergida.....

— ¿Y después?.....

— A Gabriel Payot, al viejo Balmat, al buen Terraz, á Cachat el gigante, á Margarita.....

— ¿Y á nadie más?

— Nadie más... ..

— Ah! ¡qué fresco está el aire de la tarde!... Baja tu venda; podr'as volver á quedar ciega.

— ¡Qué importa! exclamó Eulalia: si he querido recobrar la vista, no ha sido más que para verte; y si he querido verte, no ha sido más que para amarte con todos mis sentidos. Tú estabas en mi alma como ahora estás ante mis ojos. Ahora tengo un nuevo motivo de no existir mas que para tí. Esta facultad me ha sido dada, es nuevo lazo que me liga á tí, y por esto me es tan querida! Oh! yo quisiera tener tantos sentidos como estrellas tienen las

noches serenas, para ocuparlos todos de nuestro amor! Por esto creo que los ángeles son felices entre todas las criaturas! Estas eran las propias palabras de Eulalia, puesto que no las he podido olvidar. La conquista de la luz había exaltado aun más aquella viva imaginación, y su corazón se hallaba animado con todos los ardores que sus ojos acababan de arrebatarse al sol. Mis días habían vuelto á encontrar algún encanto. ¡Tan fácilmente se acostumbra uno á la esperanza! ¡y el hombre es tan débil para resistir á la seducción de un error que le lisonjea! Nuestra existencia tomó desde luego un nuevo carácter, no sé qué variación móvil y agitada que Eulalia me obligaba á preferir en lugar de la profunda calma en que hasta entonces habíamos vivido. El peñasco sobre que estáis sentado, no fué ya para nosotros más que un sitio, una estación, á donde veníamos á descansar, en dulces confidencias. después del agradable ejercicio de nuestros paseos. El resto del tiempo lo pasábamos en recorrer el valle, donde Eulalia me servía de guía, encantando mis oídos con la relación de las impresiones que experimentaba al aspecto de todos esos cuadros maravillosos que la vista descubre al pensamiento. Me parecía algunas veces que su imaginación, como una hada poderosa, comenzaba á desprender mi alma de las tinieblas del cuerpo, y á arrebatarla, iluminada por mil relámpagos, á los espacios del cielo, prodigándola imágenes deliciosas como perfumes, y colores vivos y penetrantes como los sonidos de un instrumento; pero muy pronto mis órganos se rehusaban á esta percepción engañadora, y volvía á caer tristemente en la melancólica contemplación de una noche eterna, lo cual escapaba raramente á la solicitud de su ternura, y entonces no omitía ningún medio para procurarme distracciones: algunas veces sus cantos me remontaban á la época en que ambos estábamos ciegos, y en la que de

esa manera encantaba ella nuestra soledad; con más frecuencia, nos entregábamos á la lectura, que había llegado á ser para nosotros una nueva y singular adquisición, aunque poseíamos el secreto de leer bajo otras formas y por otros procedimientos, porque la biblioteca de los ciegos es extremadamente limitada. Mi atención, arrebatada en el fuego de sus palabras, perdía su acción interior, y creía yo vivir en una nueva vida que no había aún adivinado ni comprendido, en una vida de imaginación y de sentimiento, donde yo no sé qué seres desconocidos, menos extraños á mí que yo mismo, venían á sorprender y encantar todas las facultades de mi corazón. ¡Qué vasta región de magníficos pensamientos y conmovedoras meditaciones se abre al sér favorecido que ha recibido del cielo unos órganos perfectos para leer, y una inteligencia para comprender! Ya era un pasaje de la Biblia, como las palabras que el Señor dijo á Job, que me confundía de admiración y respeto, ó como la historia de José, que sumergía mi corazón en una tierna emoción de piedad; ya las maravillas de la epopeya, con la ingenuidad casi divina de Horacio, ó con la religiosa solemnidad de Milton. Leíamos también novelas, entre las cuales un instinto muy vago y confuso, que jamás he tratado de explicarme, me hacía querer á *Werther*. Eulalia prefirió desde luego aquellas cuyo asunto se apropiaba á nuestra situación. Una pasión vivamente expresada, una separación dolorosamente sentida, las puras alegrías de una casta unión, la sencillez de un albergue rústico. al abrigo de la curiosidad interesada y del falso afecto de los hombres; he ahí lo que turbaba su voz, lo que arrancaba lágrimas de sus ojos; y aunque desde entonces se hablase con menos frecuencia de nuestro matrimonio, cuando encontrábamos algo semejante en lo que leíamos por la tarde, ella me abrazaba aun delante de su padre..... Al cabo de algún tiempo creí

notar que se había operado un cambio en su gusto por la lectura: se complacía por más tiempo en la pintura de las escenas sociales; insistía, quizás sin darse cuenta de ello, en la vana descripción de una fiesta, y se recreaba en leer repetidas veces lo que trataba sobre los detalles del tocado de una mujer, ó del aparato de una función teatral. No suponía yo en aquel momento que hubiera ella olvidado enteramente que yo estaba ciego, y sus distracciones helaban mi corazón sin llegar á destruirlo. Atribuía aquellos ligeros caprichos al extraordinario movimiento que había en el castillo, desde que el señor Maunoir había introducido en el aspecto interior del edificio muchas y grandes novedades debidas á los milagros de su arte. El señor Robert, más feliz, sin duda más dispuesto á gozar de los favores de la fortuna y de los placeres de la vida, desde el momento en que le habían entregado á su hija con toda la perfección de su organización y todo el esplendor de su belleza, tenía gusto en reunir á los numerosos viajeros que la corta estación del estío trae á nuestras montañas. El castillo, os lo dirán hoy todavía, habíase, en efecto, tornado en una de esas mansiones hospitalarias de otros tempos, cuyo dueño jamás creía hacer lo bastante para embellecerla y llenarla de comodidades durante todo el tiempo que habia huéspedes. Eulalia era el encanto de este círculo siempre nuevo, siempre compuesto de ricos extranjeros, de hombres ilustres, de viajeras graciosas y espirituales; resplandecía entre todas las mujeres, por el atractivo de la palabra, que, para nosotros los infortunados, es la fisonomía del alma, y por mil otros atractivos que yo no le conocía. ¡Qué increíble mezcla de orgullo y de dolor levantaba mi pecho, casi hasta romperlo, cuando á mi lado alguien elogiaba el fuego de sus miradas, ó cuando algún joven, inocentemente cruel, la dirigía un cumplimiento sobre el color de sus cabe-

llos . . . Los que venían por ver el valle, prolongaban su permanencia por el sólo placer de ver á Eulalia. Yo comprendía esto. Empero, no podía yo quejarme de su cariño, que parecía no poder alterarse nunca; y sin embargo, me daba cuenta de que, conforme trascurría el tiempo, se iba separando de mí, de aquella intimidad de la desdicha, que no hay valor para reclamarla, y que al perderla, se pierde con ella la felicidad. Ansiaba yo que llegase el invierno con mayor impaciencia de la que otras veces había esperado el tibio aliento y las refrescantes lluvias de la primavera. El deseado invierno llegó, y el señor Robert me participó, no sin algunas precauciones, que partía, asegurándome que su ausencia duraría pocos días, únicamente el tiempo necesario para hacerse de un cómodo establecimiento en Génova; me dijo que partía con Eulalia, y que en Génova iban á pasar el invierno . . . Oh! . . . ¡qué rápido pasó este invierno! ¡y allí, tan cerca de mí! . . . Comprendo bien: ¡tan rápido! . . . ¡un invierno en los Alpes! . . . ¡tan cerca! . . . ¡en Génova, á la extremidad de las montañas malditas! . . . ¡un camino que la gacela jamás se atrevería á cruzar en invierno! . . . ¡y yo estaba ciego! . . . Permanecí mudo de estupor. Los brazos de Eulalia se enlazaron al rededor de mi cuello y los sentí casi fríos, casi pesados. Dirigióme algunas palabras tiernas y conmovidas, si mi memoria no me engaña, pero este rumor pasó como un sueño. Yo no pude volver completamente en mí, sino al cabo de algunas horas. Mi madre dijo:

—¡Han partido, Gervasio; pero nosotros permaneceremos en el castillo!

—¡Condenación! exclamé; ¡ha desaparecido, pues, nuestra cabaña, arrollada por otra avalancha?

—No, Gervasio, la cabaña está allí, y los beneficios del señor Robert me han permitido embellecerla.

—Y bien! le respondí, arrojándome llorando entre sus brazos: gozad de los beneficios del señor Robert! Yo no tengo el derecho de rehusarlos para vos . . . pero, en nombre del cielo, vámonos de aquí! . . . Tuve el tiempo necesario de reflexionar en nuestra posición. Sabía yo que ella no sería esposa de un ciego, y yo mismo me habría de resistir á casarme con ella, desde que había dejado de estar ciega sin dejar de ser rica. Esa era la desgracia que nos hacía iguales; y, desde el momento en que nuestra mutua simpatía se había rotpido, perdía yo todos los derechos que la desgracia me había dado. ¿Quién podría llenar el espacio inmenso arrojado por Dios entre la maravilla de la creación, un ángel ó una mujer, y el último de sus criaturas, un pobre huérfano ciego? Pero, ah! el cielo me perdone este juicio, si es temerario! . . . Creía yo que ella no me abandonaría jamás, y que me reservaría la felicidad de oír cerca de mí, en algún sitio por donde ella pasara algunas veces, flotar su vestido de baile, ó el ruido su calzado, ó el murmullo de estas palabras, más dulce, á lo menos, que un eterno adiós: ¡Buenas tardes. Gervasio! . . . Desde ese tiempo, no tengo ya que contaros casi nada. En el mes de octubre me envió un listón con caracteres bordados que decían: *este listón verde es la venda que tenía sobre mis ojos*. Yo no lo he abandonado . . . Aquí está . . . En el mes de noviembre estaba aún hermoso el tiempo. Una de las personas de la casa me llevó algunos obsequios del padre de Eulalia, y yo no pedí noticias de ella. En el mes de diciembre las heladas volvieron á comenzar . . . ¡Oh, Dios mío, que largo fué ese invierno! . . . ¡Enero, febrero, marzo, abril, siglos de desastres y tempestades! ¡y en el mes de mayo las avalanchas cayendo por todas partes, menos sobre mí! . . . Cuando algunos rayos de sol fueron á endulzar el ambiente y alegrar la comarca, me hice conducir al camino de Bossous, al en-

cuentro de los arrieros; pero estos no venían aún. Supuse que el Arve se habría desbordado, que alguna inundación amenazaba el valle de Servoz, que el Nant-Noir jamás había estado tan terrible y tan crecido, que el puente de San Martín se había hecho pedazos, que todas las rocas de Maglan cubrían los bosques con su ruinas suspendidas por tantos siglos, que los formidables muros de Cluse se hab' an, en fin, cerrado para siempre, pues yo había oído hablar de todos estos peligros por los viajeros y por los poetas. Llegó, sin embargo, un arriero, llegaron dos, y cuando vino el tercero, ya no me quedó nada que esperar. Pensé que mi destino había terminado . . . Ocho días después se me leyó una carta de Eulalia: ¡había ella pasado el invierno en Génova, é iba á pasar en Milán el verano! . . . Mi madre temblaba por mí. Yo, solamente reía. Ya no esperaba yo más, y es una grande satisfacción saber hasta cuándo se puede sufrir el dolor . . . Ahora, señor, conocéis ya mi vida. Eso es todo. Me he creído amado por una mujer, y solamente lo he sido por un perro . . . ¡Pobre Puck! . . .

Puck se lanzó sobre el ciego, y éste, acariciándolo, le dijo:

—No, no hablo de tí; pero yo te quiero porque me quieres.

—Querido amigo mío, le dije entonces, vendrá también una mujer, que acaso no será ella, y á la que tú amarás, porque ella te amará también . . .

—¿Conocéis alguna joven ciega é incurable? replicó Gervasio.

—¿Y por qué no una mujer que te vea y que te ame?

—¿Os han dicho que Eulalia volvería?

—Espero que ella volverá; y si amas á Puck porque él te ama, también amarás á una mujer que te dirá que te ama.

—Ah! eso es otra cosa . . . Puck jamás me

hizo traición . . . Puck no me hubiera abandonado . . . Pero Puck murió ya! . . .

—Eecucha, Gervasio, le dije; es preciso que yo me vaya. Iré á Milán, y allí la veré, le hablaré, te lo juro, y volveré después . . . Yo también tengo dolores que distraer y heridas que cicatrizar; tú no lo crearás, y, sin embargo, es cierto! Para que tu corazón que sufre comprendiera las angustias del mío, quisiera yo poder darte mis ojos! . . .

Gervasio buscó mi mano y la estrechó fuertemente. ¡Son tan rápidas las simpatías de la desgracia!

—Al menos, continué, nada te falta de lo que contribuye al bienestar. Los cuidados de tu protector han producido en tí buenos frutos. Todas las gentes de Chamouny miran tu prosperidad como su más dulce riqueza. Tu belleza te atraerá una esposa, y tu corazón un amigo . . .

—Y un perro! dijo Gervasio.

—Ah! yo no daría el mío por tu valle y tus montañas, si no te hubiera él amado. Te doy mi perro . . .

—¡Vuestro perro! exclamó Gervasio. ¡Vuestro perro! . . . ¡Oh, no, señor, eso no se da!

Puck, que pareció haberme comprendido, vino á colmarme de dulces caricias mezcladas de amor, de pesar y de alegría: era esta una ternura muy viva, pero una ternura en que iba expresado un adiós; y cuando con una señal que él esperaba le mostré al ciego, lanzóse alegremente sobre sus rodillas, y con una pata apoyada en un brazo de Gervasio, me miró con el aire tranquilo de un liberto.

—¡Adios, Gervasio!

No llamé á Puck, porque me hubiera seguido; y cuando di vuelta en la esplanada, le distinguí, como avergonzado, en el confín del bosque. Me aproximé entonces con dulzura, y él, retrocediendo un paso, tendió humildemente su cabeza sobre sus dos patas delanteras. Pasé mi mano sobre las ondas flotantes

de su sedoso y largo pelo, y, con el corazón oprimido, pero con voz sin cólera, le dije:

—Vete! . . .

Partió como un relámpago, volvió aún una vez la cabeza para verme, y fué á reunirse con Gervasio.

Así, á lo menos, no estará solo el pobre ciego.

II.

Algunos días después, me hallaba en Milán, á donde había ido sin determinado objeto. Llega una época de la vida en que, sin darnos cuenta del trascurso del tiempo dejamos correr los días tales como vienen, permaneciendo á todo indiferentes.

La narración de Gervasio no me había dejado más que una impresión dulce y triste, pero vaga y ligera como la de un sueño, de la que no sé qué inexplicable cúmulo de ideas despierta algunas veces el recuerdo.

Muy lejos estaba yo de procurar encontrarme con frecuencia en lo que se llama el gran mundo. ¡Qué hubiera yo hecho en él? Pero no podía evitarlo. También en él encuentra uno la soledad, á menos que os encontréis, —y desdichados de vosotros á quienes os suceda esto,—uno de esos halagadores y atrevidos *turistas* que habéis visto ya en el boulevard, sobre la gradería de Torton, ó cerca de los cuales habéis bostezado durante una hora en Favart,—muñecos barbilindos y afectados, dispuestos siempre á lucir el perifollo inventado por un sastre,—llevando una corbata á la última moda, los cabellos á merced del viento, redondo clac forrado de raso guinda, chaleco valenciano, medias color gris perla y llenas de bordaduras, antejo escrutador, con una imperturbable serenidad, y hablando siempre en voz alta . . .

—¡Tú aquí! exclamó Roberville al verme.

—¡Y vos también! respondí.

Y Roberville se puso á hablarme sin cesar de una porción de cosas; pero mientras sus frases venían á extinguirse en mi oído como el confuso zumbido de un insecto importuno, mis ojos se habían detenido sobre una mujer de la más rara belleza y del más brillante atavío, que sola, melancólica, soñadora, se hallaba apoyada contra una de las columnas

—Ah! ya comprendo me dijo Roberville; quieres comenzar por una conquista; realmente, eso no es malo; reconozco ese gusto exquisito que siempre te ha distinguido entre todos los *amateurs*. Vamos, todo es comenzar. En su posición, está dispuesta para el primero que llega; y un hombre que llega con tantas ventajas, como tú! . . . Ya lo había imaginado, y aun pensé hacerlo una vez; pero, si no emprendí esta conquista, fué porque ya había hecho otra superior.

—A la verdad, repliqué contemplándola, es muy posible que . . .

—Vamos! Tu corazón está vendido! No tienes atención más que para ella! ¿Conviene en lo triste que sería el que esos hermosos ojos negros se hubiesen abierto á la luz?...

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué quiero decirte?..... Que esa joven nació ciega. Es la hija de un rico negociante de Anvers, única que tuvo de una mujer á quien perdió muy joven y á la que no ha llegado á olvidar.

—¿Así lo crees?

—Preciso es creerlo así, puesto que él dejó su casa que estaba, se dice, más floreciente que nunca, y se alejó de Anvers, después de haber distribuido magníficos obsequios entre sus empleados, y excelentes pensiones á sus criados.

—Y después, ¿qué ha sido de él? pregunté con la impaciencia de una curiosidad que se acrecentaba por grados.

—Oh! es toda una novela..... que te fastidiaría..... Y después, de todo, ¿qué sé yo?...

Aquel buen hombre fué á donde todos vamos una sola vez, solamente por ir y por contarle á los demás: al frío valle de Chamouny, del que nunca he comprendido las tristes maravillas; y, ¡cosa admirable! allí residió durante algunos años. ¿No has oído hablar de él? Es un nombre vulgar . . . El señor . . . Robert, eso es.

—Y, en fin? . . . repliqué.

—Y en fin, continuó Roberville, un oculista volvió la vista á esta joven. Su padre la condujo á Génova, y allí se enamoró ella de un aventurero que se la robó, porque el señor Robert no le quería por yerno.

—Su padre había juzgado bien á ese miserable.

—Y con tanto más acierto le había juzgado, cuanto que, apenas llegado á Milán el aventurero desapareció con todo el oro y con todos los diamantes que había llegado á sustraer. Se asegura que este galante hombre se había casado ya en Nápoles, y que en Padua había sido condenado á la pena capital. La justicia le reclamaba.

—¿Y el señor Robert?

—El señor Robert murió de pesar, pero su muerte no causó gran impresión. Era un visionario, un hombre de ideas extravagantes, que, entre otras rarezas, había concebido para su hija el establecimiento más ridículo ¿Podrías creer que quería casarla con un ciego?

—¡Desdichada!

—No tanto, amigo mío Poco considerada, á la verdad; es la consecuencia necesaria de una falta entre esas pobres criaturas; pero la consideración, no sirve más que á los pobres.

—¿Será posible!

—Como te lo digo. Reflexiona antes de obrar. ¡Ah, amigo mío! ¡Cuántos privilegios se tendrían con doscientos mil francos de renta, y dos ojos como esos . . .

—Ah! Esos dos ojos . . . ¡malditos sean! ¡son ellos los que han dejado en él el infierno!

Hay en mi corazón un fondo horrible de crueldad.

Quisiera que aquellos que han hecho sufrir á los demás, sufrieran por una sola vez todos los males que han causado . . . Quisiera que esta impresión fuese desgarradora, profunda, atroz, irresistible; que penetrase en el alma como un hierro candente, y hasta la médula de los huesos como plomo derretido; que envolviese todos los órganos de la vida como la destructora cubierta del centauro . . . Y, sin embargo, quisiera que durase poco, y que concluyera con un sueño, con un delirio, dejando un recuerdo indeleble . . .

Yo fijé en Eulalia una de esas miradas penetrantes que hacen daño a las mujeres cuando no las lisonjean. No sé dónde aprendí á ver de esa manera. Eulalia se enderezó, y quedó, delante de mí, inmóvil, casi espantada. Entonces, aproximándome lentamente á ella, le dije:

—¿Y Gervasio?

—¿Quién?

—¡Gervasio!

—Ah! . . . ¡Gervasio! murmuró llevando una mano á sus ojos.

Esta escena tenía algo de extraño que sorprendería al espíritu más indiferente. Yo aparecía allí como un intermediario desconocido: la penitencia, ó el remordimiento.

—¡Sí . . . Gervasio! repetí con vehemencia, sacudiéndola de un brazo: ¿Qué has hecho de él?

Eulalia cayó entonces privada de sentido..

Después de esto, no me he informado de lo que ha sido de ella.

Volví á Saboya por el monte de San Bernardo. Atravesé la *Tête-Noire*, y volví á ver el valle.

Era la misma hora . . . Ante mis ojos

estaba aquel lugar en que los dos amantes se habían dado cita tantas veces . . . La roca, más adelante, se me presentaba como un mudo y triste testigo . . . Solamente Gervasio no estaba allí.

El sol inundaba de luz aquellos melancólicos sitios, todas las margaritas estaban llenas de flores, todas las violetas perfumaban el aire. Nada había allí que no estuviera florido; hasta la roca de los Alpes estaba cubierta de mil primorosos frutos.

Pero Gervasio no estaba allí.

Me aproximé al banco en que se sentaba. Gervasio había ovidado allí su largo bastón de ébano, anudado al cual, se hallaba un listón verde con caracteres impresos en relieve. Esta circunstancia me inquietó.

Entonces lo llamé por su nombre.

Una voz repitió á lo lejos: ¡Gervasio! . . . y yo creí que era el eco.

Me volví hacia el lado por donde había creído oír repetirse la voz, y vi venir á Margarita conduciendo un perro. Ambos se detuvieron. Reconocí luego á Puck, y éste no pareció reconocerme: parecía atormentado por otra idea, una idea indefinible. Tenía la nariz levantada y lo mismo las orejas, las patas inmóviles, pero tendidas, como preparándose á correr.

—¡Ay, señor! me dijo Margarita, ¿habéis visto á Gervasio?

—¿A Gervasio? respondí ¿Dónde está?

Puck se volvió hacia mí como para mirarme, porque me había oído, y se me aproximó arrastrando el lazo que llevaba pendiente del cuello, y que había caído de las manos de Margarita. Le hice caricias con mis manos, y, después de lamerlas, volvió al lugar en que antes se hallaba.

—¡Señor, me dijo Margarita, ya os recuerdo bien ahora; vos fuisteis quien dió á Gervasio este noble animal al que ama tanto, para consolarle de la pérdida del suyo, que tanto había querido. El pobre animal no ha per-

manecido ocho días en el valle, sin haber sido atacado de la gota serena, como su dueño: está ciego.

Levanté el sedoso pelo de la frente de Puck y vi, en efecto, que estaba ciego. Puck, sintiéndome, volvió á lamer mi mano, y ahulló tristemente.

—Por eso es, continuó Margarita, que Gervasio no lo trajo consigo ayer.

—¡Cómo, Margarita! ¡Gervasio no ha vuelto desde ayer! . . .

—¡Ah, señor! . . . es una cosa incomprensible y que admira á todo el mundo! Imaginaos que el domingo tuvimos un huracán fuertísimo, y llegó á nuestra casa un señor quien, podía yo jurarlo, parecía un milord inglés, que venía de Buet, con un sombrero de paja todo encintado, con un bastón debajo del brazo, y empapado de pies á cabeza, enteramente empapado de agua.

—Y eso qué? . . . Vamos, seguid . . .

—Mientras que yo fuí á buscar algo que traer para que se secara el señor Roberville quedó solo con Gervasio . . .

—¡Roberville! . . .

—Sí, ese es su nombre; y yo no sé lo que refirió á mi hijo; pero ayer estaba Gervasio tan triste! . . . Parecía, sin embargo, más impaciente, que apenas tuve tiempo para ponerle su capa azul sobre sus hombros, porque había llovido mucho la víspera, como os lo he dicho, y el tiempo estaba aún frío y húmedo. —«Madre,—me dijo cuando salimos,—os ruego que no dejéis salir á Puck y tengáis cuidado de él. Su petulancia me incomoda un poco, y si el lazo se me escapa, no podríamos volver á encontrarnos.» Lo he traído aquí, y cuando he venido á buscar á mi hijo, no lo he encontrado . . .

—¡Gervasio! exclamé. ¡mi buen Gervasio! . . .

—¡Oh, Gervasio! . . . ¡hijo mío! . . . ¡mi querido Gervasio! decía sollozando la pobre mujer.

Puck mordía el lazo y saltaba de impaciencia.

—Si soltáseis á Puck, dije, quizás encontraría á Gervasio.

No supe cómo no había reflexionado en este medio; pero en el momento en que así lo pensaba, el lazo había sido cortado por los dientes del perro. Apenas tuve tiempo de advertirlo. Puck dió cuatro saltos, partió á la carrera, y oí un ruido, como el de un cuerpo que cae, en las aguas del Arveyron.

—¡Puck! ¡Puck! grité.

Cuando me acerqué al río, el perro había desaparecido, y sólo ví una capa azul flotar sobre las aguas que se retorcían formando remolinos . . . é indicando el lugar en donde seguramente había caído Gervasio, á quien en un fatal momento llegó á faltarle la cariñosa guía de Puck! . . .